

**DOMINGO VII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (1º Samuel, 26, 2.7-9,12-13,22-23): *Dios pone hoy al enemigo en tu mano.*

**Salmo** (102, 1b-4,8,10,12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 15, 45-49): *Primero fue lo material y después lo espiritual.*

**Evangelio** (Lucas 6, 27-38): *Amad a vuestros enemigos.*

Hay personas de corazón generoso, magnánimas por naturaleza, a quienes les cuesta poco pasar por encima de las ofensas y repartir un perdón abundante a su alrededor. Pero creo que son muy pocas. Para la mayoría de nosotros, por diversas circunstancias, el rencor nos suele visitar y se instala pronto en el corazón, mientras que el perdón requiere un trabajo especial.

No nos cuesta identificar al enemigo, al que nos aborrece, a quienes nos han maldecido o difamado. No nos resulta difícil recordar a los que nos golpearon, a los que nos despojaron de algo, a los que nos trataron con injusticia. Sus rostros vienen rápidamente a la memoria, y muchas veces volvemos a sentir reavivarse los sentimientos negativos que en su momento nos causaron. Y es peor todavía cuando sabemos que esa persona está cerca de nosotros, a veces demasiado cerca. “*¡El enemigo en casa!*”.

Puede ser que la clave del mensaje de la Palabra de este domingo sea el versículo del salmo responsorial: *«El Señor es compasivo y misericordioso»*. Hoy la Palabra nos habla de perdón, compasión, misericordia y amor. Pero si confesamos que Dios es misericordioso, que es un Dios que perdona los pecados, esto implica que también nosotros tenemos que ser misericordiosos y saber perdonarnos los unos a los otros. Veámos en la primera lectura que David sorprende indefenso a Saúl que le está persiguiendo, pero David no se aprovecha de la situación para ejercer su venganza, sino que no quiere levantar la mano contra el Ungido del Señor.

De acuerdo con esto, Jesús de Nazaret que es la manifestación plena del amor de Dios, establecerá como mandamiento principal de la Nueva Alianza, la exigencia del amor al prójimo. Pero sorprende cuando esta exigencia es llevada al extremo porque es una exigencia radical, tan radical que va más allá de toda medida humana, ya se intentó regular en códigos antiguos con la llamada “*Ley del talión: ojo por ojo y diente por diente*”, con esta ley se aseguraba que la respuesta no fuera mayor que la ofensa.

Pero Jesús va mucho más allá y nos plantea renunciar a la violencia y nos dice *«al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra»*, esto desborda la fuerza humana normal pues el hombre siempre tiende a responder a las ofensas y requiere una grandeza de ánimo y un dominio de sí, tanto humano como cristiano, capaz de romper la circulación del mal y el círculo vicioso de violencia y contraviolencia para conseguir restablecer la paz. El mandamiento del amor a los enemigos que nos presenta hoy el evangelio supone el punto álgido de la misericordia y el amor exigidos por Jesús en el mandamiento supremo de la nueva ley: *«Amaos los unos a los otros como yo os he amado»*.

Esto exige practicar el perdón de una manera sincera y veraz, como veíamos que hizo David ante Saúl en la primera lectura, donde renuncia a vengarse de aquel que lo persigue. Por eso Jesús nos dice que en la oración digamos: *«Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»*. Deberíamos pensar si somos sinceros cuando decimos “*como perdonamos*”. No cabe duda de que, desde un punto de vista humano, este mandato del perdón y del amor a los enemigos es, quizá la exigencia más difícil de Jesús, pero, al mismo tiempo, uno de los principales mandamientos cristianos, enraizado en la misma esencia del misterio de Cristo y, por ello, el distintivo más claro de la conducta cristiana.

Que Dios es misericordioso lo sabía cualquier buen judío, pues esa declaración aparece una y otra vez en el Antiguo Testamento cuando se trata de describir a Dios. Sin duda, los discípulos lo sabían, lo oían en las lecturas de uno u otro libro sagrado, lo recitaban en el salmo que hoy proclamamos y en muchos más. Pero aún no hacían el paso del reconocimiento al seguimiento.

Del discípulo se espera que sea extraordinario, que vaya mucho más allá. Porque, a fin de cuentas, su comportamiento no se apoya en lo que hace cualquier persona, ni la calidad de su conducta se mide comparándose con otros seres humanos. El discípulo aprende de su Maestro, Jesús, a mantener los ojos en el Padre y aprende de Él a ser bueno, “*hasta con los malos e ingratos que nos hacen mal*”.

Si somos hijos de ese Padre misericordioso, tenemos que actuar con el corazón y los sentimientos de ese Padre, así como su Hijo, Jesucristo, lo hacía constantemente. No se espera de los discípulos del Reino un comportamiento ordinario, sino “*extraordinario*”. **¿Amar a los que nos aman?**, eso es ordinario; lo hacen cualquier ser humano. **¿Hacer el bien a los que nos hacen el bien?**, eso es ordinario. Hasta los pecadores actúan así, advierte Jesús. Para asemejarnos a ese Padre misericordioso, se nos marca un camino en cuatro etapas: no juzgar, no condenar, perdonar y dar. No juzguen, no condenen: dos acciones que hay que evitar. Y dos acciones que hay que realizar: perdonar y dar. **¡Qué sencillo y qué difícil!**